



VIAJE DE PLACER

SOBRE UN ALBUM DE SELLOS DE CORREO.

I

Conoceis á Arturo, ¿no es verdad?

Está claro que sí. Todos habeis sufrido sus impertinencias, sus continuas peticiones de objetos que añadir á sus numerosas colecciones.

No sé para qué diablos quiere ese muchacho tantos chirimbolos como guarda: no hay cosa que no se preste á ser coleccionada; no hay fruslería que sea por él despreciada.

Hace dias le ví llegar con un gran libro: yo, que sé que maldita la aficion que tiene al estudio, quedé sorprendido al verle; mas él, comprendiendo, tal vez, la causa de mi sorpresa, se apresuró á decirme:

—No se admire Vd., es un álbum que encierra mi coleccion de cajas de fósforos.

—¡Cajas de cerillas! exclamé sorprendido.

—Sí; tengo ya una magnífica coleccion que aventaja á las de todos mis amigos.

—¿Y qué sacas, le repliqué, de coleccionar esas bagatelas?

—El placer, solamente, de ver reunidas esas pequeñas obras de arte.

—Si tales fueran todas, ménos mal; però cajas de fósforos he tenido yo cuyos dibujos ni áun el nombre de tales merecian.

Y Arturo, como queriendo hacerme variar de opinion, abrió su álbum, haciéndome observar la be-

lleza indudable de las numerosas viñetas que reunia.

—Son bellas, sin duda, pero no más: es necesario que dediques á otra cosa tu afan coleccionador.

—Tambien reuno sellos; pero papá no quiere nunca darme dinero para comprar ejemplares, diciéndome que eso no sirve para nada.

—¿Que para nada sirvel!

—Así dice en efecto.

—Pues es necesario hacerle cambiar de opinion; es preciso que le hagas comprender que si la numismática es una ciencia formalmente reconocida y estudiada, la filatelia no se queda muy atras en lo de ser de instruccion causa indudable.

—Si yo supiera el modo de convencer á papá; si yo conociera lo que es eso que Vd. ha llamado filatelia, ya procuraria hacer á mi buen padre partidario de mis ideas; pero yo sólo reuno unos doscientos sellos, algunos de los cuales no sé siquiera á qué país pertenecen, y desconozco completamente todo lo que á este asunto se refiere.

—No importa; es menester que obtengas de papá la promesa de comprarte el sello que le pidas, si á demostrarle llegas que la timbrofilia no es cosa baladí, y si aficion muy bella é instructiva.

—Lo haré así; pero si fuera cierto que tanta belleza encierran los sellos de correo...

—Lo es sin duda alguna: la

Historia, la Geografía y otros conocimientos, están íntimamente relacionados con la que muchos quieren llamar *ciencia* filatélica: hay sellos de correo en países que tú ni aún de nombre conoces, y que usan esos pedacitos de papel pegados en las cartas, que ántes todos despreciaban, que ahora llegan á veces á tener crecido valor, viejos y usados.

—Luego los sellos...

—Hay ejemplar que no se encuentra ni aún pagándolo con treinta ó cuarenta duros, y lo curioso es que lo que hoy tanto vale se vendió en su día por dos cuartos, ó poco más tal vez.

—Y ¿cómo podré yo, sin tener dinero, reunir una bonita coleccion?

—Papá te ayudará: yo te daré mi álbum para que puedas presentárselo y darle á conocer las bellezas que encierra: entre los tres mil y pico de ejemplares que poseo, hay muchos rarísimos; y como yo te iré cada noche contando cuanto sé de los sellos, y tú podrás de ese modo exponer al autor de tus dias mis palabras, estoy seguro que al ver que, gracias á los sellos, has de saber más Geografía que la que saben toditos tus amigos, alentará tu aficion, te ayudará á ser coleccionista.

El sello de correo, aislado y solo nada es, nada enseña: una coleccion encierra tantos conocimientos, que

esos pedazos de papel casi, casi comunican; que solamente el que no quiere estudiar eso que baladí parece, puede despreciar lo que es digno de un estudio muy atento.

Ya verás cómo yo te cuento la historia de los sellos, y te hago dar un ligero viaje alrededor del álbum que poseo: el mundo está encerrado en un libro, ya que países de todas las cinco partes, aún algunos que no falta quien pueda considerarlos en la barbarie, tienen esas preciosas viñetas, esos sellos de correo.

Desde España á Siam, de la Australia y el Cabo al Alto Canadá, por todas partes los sellos dicen el grado de cultura del país, por todas partes esos pequeños papelillos van sirviendo de aviso de existen-

cia de pueblos que admiten el progreso, y comprenden que la facilidad de las comunicaciones es el primer elemento de adelanto.

Mañana ven con el álbum que te doy para empezar un viaje sobre él. Verne hizo dar á su héroe la vuelta al mundo en ochenta días: sin salir de mi estudio y en ménos tiempo, la vas á dar tú sobre mi mesa, sobre las hojas de papel que contienen mi coleccion filatélica.

Mañana, mañana mismo hemos de saber la historia de los sellos, y de emprender en seguida nuestra excursion.

Sentados, sin salir de mi cuarto, vamos á recorrer el mundo entero.

Hasta mañana, pues.

E. THUILLIER.

LOS NIÑOS POBRES.

Pidiendo de puerta en puerta,
Cruzando calles y plazas,
Con su hermanito en los brazos
Y mucho amor en el alma,
De la caridad de algunos
Vive esta pobre muchacha,
Sin más amparo que el cielo
Ni más bien que su esperanza,
—Que es el bien más venturoso,
Puesto que del cielo emana,
Y son los dones del cielo
Aquellos que nunca acaban.—
Contentos con su pobreza,
Nunca los dos se separan,
Porque ella adora en su hermano

Y él no vive sin su hermana,
Que es el fraternal cariño
Pura y bendecida llama
Que en el maternal regazo
Toma la esencia más casta,
Y el mismo Dios la alimenta
Y ya en la vida se apaga.
Juntos los dos hermanitos,
Él en sus brazos se ampara
Y ella orgullosa le lleva,
Que ser su madre le halaga;
Y mirándose en sus ojos
Se olvida de su desgracia,
Y ni el cansancio la rinde
Ni el porvenir la acobarda.

Ella le cuida, le duerme,
Le enseña dulces plegarias;
Y cuando en algun banquete
Recoge algunas migajas,
Como si fuera su madre
Le da la mejor vianda;
Ella en las noches de invierno
Frias y tristes y largas,
En el hueco de una puerta
Sufriendo el viento y el agua,
Con sus harapos le abriga
Y con cariño le abraza....

Niños, si en vuestros recreos
Pensais algo en la desgracia

Y veis otros andrajosos
Que junto á vosotros pasan,
Acordaos de estos pobres
Y no les volvais la cara.

¡Qué fuera del pobre niño
Sin el amor de su hermana!
¡Qué fuera de ellos si un día
La caridad les faltara!
Pensad en los que son pobres
Y ejerced la virtud santa,
Que ella es el lazo que une
A Dios con las buenas almas.

RICARDO SEPÚLVEDA.

OJEADA HISTÓRICA Y HERÁLDICA.

(Continuacion.)

I.

Fundacion y escudo del reino de Sobrarbe.

Conforme con lo prometido en el prólogo de la reseña heráldica que me propongo publicar, daré principio, como habia prometido, con la fundacion del reino de *Sobrarbe*, y con lo que dió origen para que aquel reino adoptara el escudo de armas que señalamos en el dibujo que acompaña á este artículo.

Vosotros, mis pequeños lectores, comprendereis, como es consiguiiente, que en medio de la verdad histórica y heráldica, se ostenta la fábula que es necesaria para darle más amenidad á vuestros ojos al presente trabajo.

Puedo ponerlos una comparacion

que pruebe la verdad de mi aserto. Dibujais una cabeza, una mano ó un pié, marcando sólo su contorno; por esto no dejareis de comprender lo que es, y podreis decir que está bien contorneado; pero á su lado poneis aquel mismo dibujo reproducido y aumentado con las sombras que marcan su redondez, el menor detalle de su sistema muscular y nervioso, y este último ejemplar de aquella parte del cuerpo humano, se os hace más agradable, recrea más vuestra vista. Eso acontece con el presente trabajo. Pero veo que fruncis el ceño al ver que me extiendo por demas en consideraciones olvidando mi principal objeto. Teneis razon; os pido mil perdones y comienzo mi narracion.

Corria el año 758 de la Era Cris-

tiana, cumpliendo cuarenta y cuatro de la invasión agarena en España, invasión que dió en tierra con el trono godo, hasta que D. Pelayo saliendo de la cueva de Covadonga, en Astúrias, comenzó la obra que con tan feliz éxito terminó Isabel la Católica en Granada. Por este año de 758, en lo que hoy día se denomina el Alto Aragon, en cuyo terreno asientan sus cimientos las ciudades de Huesca, Jaca, Barbastro y Benabarre, se celebraba cierto día el entierro de un ermitaño llamado Juan. Era este varón sumamente apreciado de todos los caballeros navarros, como asimismo de la clase más pechera, ó sea más menesterosa. Todo el mundo asistía al funeral con ese recogimiento propio en tales casos y digno de la persona por quien se va á rendir aquel pequeño tributo. En medio de un valle de aspecto pintoresco, debido tan sólo á la sabia naturaleza, se encontraba el cadáver del célebre ermitaño elevado sobre el frío pavés, formado de rudos troncos y de pieles sin curtir. Asomaba por entre la capucha su cadavérica cara, si bien parecía hasta cierto punto que tan sólo se hallaba profundamente dormido. Bien se dice que el sueño es la efigie verdadera de la muerte. Sus hábitos pardos y algo cortos, se movían impulsados por el ligero soplo del aire. Una cruz, símbolo del Cristianismo y formada

toscamente, sujetando sus brazos una ligadura de tripa, único bramanete que en aquella época se usaba, decía á todo el mundo que aquel cadáver, cuando encerraba dentro de sí lo que en aquel momento le faltaba, esto es, el hálito de la vida, había recibido el agua del bautismo y había perseverado en las doctrinas que fueron extendiendo por el mundo los discípulos del Redentor. Al lado del cadáver y leyendo las oraciones fúnebres, se encontraba un prelado luciendo sobre el túnico talar el alba y el manto puntiagudo, el palio blanco resaltado por sus siete cruces negras. Los que arrasados tan sólo por la curiosidad llegaban á aquel sitio, preguntaban únicamente—¿quién es?—y obtenían por contestación la frase de—el ermitaño Juan.—Al oírlo quedaban como petrificados, dando á entender que conocedores de las virtudes de aquel santo varón, deploraban su muerte.

Terminó la ceremonia de los funerales no sin haber esparcido por el ambiente columnas de humo de mirra é incienso quemado en holocausto de la virtud. Aquellas columnas de humo que se elevaban por el ambiente, envolvían en sí las plegarias de aquellos seres que en tal momento poblaban el valle, y que las enviaban entre el humo, no encontrando mejor conductor para que llegaran al sér que hizo cielo y tierra.

Cuando más abstraídos se hallaban todos en su oracion, cruzó por la pequeña colina que dominaba el valle un guerrero llevando el bridon á todo escape. En su cabeza se ostentaba el turbante agareno y pendia de sus hombros el blanco alquicel. No quedaba duda ninguna, que aquel sér, montado en un bruto que saltaba cercas, zarzas de aguzadas puntas, arroyuelos transparentes, y al cual acometian fieros mastines, que aullando seguian su empolvada huella, era un fiel sectario de Mahoma. Verle y lanzar un grito de venganza todos los pechos, grito que transmitió la boca, y que llegó hasta los oídos del guerrero musulman, todo fué uno. Los nobles tremolaron en su mano la tajante espada, el pastor su nudoso cayado, el hondero su nervuda honda, y desde el anciano hasta el niño, desde el prelado hasta la doncella más tímida murmuraron la palabra *muerta*.

Esta fué la base de un reino; esta fué la primera piedra de una monarquía que habia de contar bastantes años de dominacion. Se trató desde aquel momento de nombrar un jefe, de escoger un caballero esforzado cuyas dotes de prudencia y valor fuesen suficientes para mandar á aquel pueblo, á aquel ejército improvisado que iba á cruzar sus armas con la morisma infiel.

Esta eleccion recayó casi por

unanimidad en D. GARCÍA XIMENEZ, que no dudó en aceptar el puesto de honor que se le señalaba.

Pronto se dejó sentir la influencia de su mando; pronto tuvieron ocasion de medir sus armas con los moros. Despues de varias escaramuzas y combates parciales, en que la mayoría de las veces llevaron la ventaja las armas cristianas, se preparaba una sangrienta batalla, en que iban á entrar en lucha un numeroso ejército musulman y un número exíguo, en comparacion, de guerreros cristianos. Al amanecer de este dia dormitaba GARCÍA XIMENEZ en su tienda: toda persona que en aquel momento hubiera fijado su vista en él, hubiera comprendido que se hallaba bajo la influencia de una pesadilla. En efecto, así era. De pronto se levanta, traspone la puerta de la tienda, fija su vista sobre una de las encinas que adornaban la tierra donde estaba el campamento cristiano, extiende sus manos hácia ella y un rayo de alegría brota de sus rasgados ojos, exclamando: *Allí está; no es sueño. ¡Oh signo bendito! ¡Yo te venero!* Y cayendo de rodillas en tierra hubiera permanecido mucho tiempo en aquella postura, á no haberle sacado de su éxtasis el ronco sonido de la bocina que despertaba á sus soldados.

Reunidos éstos y con sus jefes á la cabeza, les hace partícipes GARCÍA

XIMENEZ de su sueño, y cuanto han contemplado sus ojos momentos ántes. Un grito de júbilo fué la contestacion á aquel descubrimiento. En esto se oye la algarada de los musulmanes, los cristianos se preparan, resisten la primera embestida de la morisma y peleando con denuedo y heroismo, aunque preocupados con la revelacion de su jefe, cada vez que un cristiano embotaba su espada en el pecho de un musulman, veian sus ojos la misma cruz que se habia mostrado á su caudillo.

Llegó la tarde, el campo estaba cubierto de cadáveres. La morisma habia pagado cara aquella jornada.

Los vencedores proclamaron conde de SOBRARBE y RIBAGORZA al vencedor GARCÍA XIMENEZ, quedando dependiente de los reyes de Astúrias. El nombre de Sobrarbe se debe á la aparicion de la cruz sobre la encina. El nombre de SOBRE-ARBE, esto es, SOBRE EL ÁRBOL, se debe á la posicion que tomó á la vista de los cristianos el signo del Redentor.

Tal como es, lo presento en el siguiente dibujo, mis pequeños lectores. Su explicacion heráldica es como sigue:

En campo de oro encina terrazada, de su color, superada de una cruz de gules de forma griega, esto es, de cuatro brazos iguales.



Continuó algun tiempo bajo el dominio de los reyes de Astúrias, hasta que por último se declaró independiente de ellos, obteniendo de sus parciales el título de rey, el cual trasmitió á su hijo D. FORTUN GARCÍA, que reinó felizmente bastantes años.

Lectores mios, he cumplido mi mision por hoy, dándoos á conocer el motivo de la fundacion y escudo del REINO DE SOBRARBE. Hasta otro dia que os daré á conocer el escudo del reino de Astúrias.

(Se continuará.)

ANGEL MEDEL.



ELENA Y MICIFUZ.

Lectores, sed testigos,
Gracias al dibujante, de una escena
De Micifuz y de la niña Elena;
Los mejores amigos
Que pudo ver observador profundo
Desde que existen gatos en el mundo.

Apénas la mañana
Se anuncia con fulgentes resplandores,
El gatito se afana
Por mostrar de su acento los primores,
Y hasta que á Elena logra ver despierta,
Lanza tristes maullidos á la puerta.

Una vez levantada,
Micifuz la persigue, pues el tuno,
Desde mediar la noche ya pasada
Sueña en el desayuno,
Y no puede dormir hasta que al día
Satisface su gran glotonería.

Desde el instante aquel todo es contento;
Ya Micifuz acecha á su señora
Y le pega con tiento
Un arañazo hasta que Elena llora:
Ya, si busca la niña su desquite,
Quiere jugar el gato al escondite.

Ya utiliza la niña una envoltura
Y faja á Micifuz con gran cariño,
Y ser su propia madre se figura
Y acaricia al gatito como un niño;
Ya quiere contribuya á su recreo
Y de la mano llévale á paseo.

Cierto es tambien que el pícaro se escapa
Pues no tiene el asiento de los años,
Y las manos de Elena son un mapa
Porque todos los gatos son huraños;
Pero si en esto el pobre se desliza,
Suele ganarse siempre una paliza.

Cierto es tambien que tales amistades
Suelen verse turbadas
Por las crueles criadas
Que del gato castigan libertades;
Pero el dolor se pasa al breve rato,
Y Elena á jugar vuelve con su gato.

Así pasan la vida,
Entre juegos alegres y castigos,
El gatito y la niña que le cuida.....
Los mejores amigos
Que pudo ver observador profundo
Desde que existen gatos en el mundo.



..... En el nombre de Dios,
¡Ave María!.....

AVE MARÍA.

Sobre un alazan bríoso
De fuerte acero cubierto,
Puesta la lanza en la cuja,
Vestido el ferrado peto,
Férreo casco, duras grebas,
Mucho valor en el pecho,
Mucha fe en la Virgen Santa
Y confianza en el cielo,

Hernan Perez del Pulgar,
En cruda noche de invierno,
Por la granadina Vega
Con algunos compañeros
Hacia la ciudad camina
Que se divisa á lo lejos,
Ganoso de nombre y gloria,
Y de dar preclaro ejemplo
A las huestes que á Granada
Tienen sitiada hace tiempo.

No le arredran los peligros,
Que Dios protege su empeño,
Y en su valor confiado
Espera llevar á término
Accion que le inmortalice
En contra del agareno;
Cabalgando largo rato
Llegan por fin los guerreros
De la ciudad á los muros;
Un portillo ven abierto,
Hallan las guardas dormidas,
Y desnudando el acero
En la poblacion penetran
Con el rostro descubierto,
Y ligeros se encaminan
Hacia el mahometano templo;
Ya llegados á sus puertas,
Hernan con robusto acento
Grita:—«En el nombre de Dios,
¡Ave María!» Y blandiendo
Un acerado puñal,
Clava con él en el cerco
Un cartel, que á prevencion
Lleva aparejado y presto.

«En el nombre de Dios Padre,

Yo, Hernan, y por mí el ejército,
En alto empeño obstinados
Y hasta lograrlo resueltos,
En señal ya del dominio
Que nos toca de derecho,
Prenda de nuevas victorias
Y de más vastos trofeos,
Quede el nombre de la Virgen
Purificando este templo!»

Al ruido, los mahometanos,
Ya de su sueño volviendo,
Comenzaron á salir,
Y entre gritos y denuestos
A Hernan Perez y los suyos,
De furor y rabia ciegos
Fuéronse, mas los cristianos
Como leones de fieros,
Dando al aire las tizonas
Y mandobles sacudiendo,
Dejáronse franco el paso
Matando á diestro y siniestro,
Cual lobo que en un aprisco
Entra rabioso y hambriento;
Y, sedientos de matanza,
De carniceria ébrios,
Destrozaron en su marcha
Las huestes del agareno
Hasta salir á la Vega
Y llegar al campamento.

A la mañana siguiente,
Con silencioso despecho,
Contemplaron aterrados
Los infieles un letrado,
Y llenos de admiracion
¡AVE MARÍA! leyeron
En el cartel, que clavado
Con su bien templado acero
En la principal mezquita,
Y de su puerta en el cerco,
Dejó el valiente Hernan Perez
En prueba de su desnudo.

CÁRLOS AGUIRRE.



EL SOL Y LA LUNA.

(TRADUCCION DE BERQUIN.)

—¡Qué hermosa tarde! hijo mio, ven, decia á su hijo, Javier, mira... El sol se oculta ¡qué bello es! Ahora podemos contemplarle sin que nos obligue á cerrar los ojos como sucede al mediodía cuando se encuentra en lo más alto de su carrera. Repara qué variadas son las nubes que le rodean, ¡qué brillantes! ¡qué bonitas! Unas son grises, otras encarnadas, muchas de color de oro. Observa sobre todo con qué prontitud descende el astro del día. Ya no se descubre más que una mitad, y pronto no veremos nada. Ves? ya se ocultó por completo: adios, sol, hasta mañana.

Ahora, Antoñito, vuélvete y mira hácia el otro lado. Qué es aquello que brilla detras de los árboles, ¿es fuego? No, es la luna. Repara qué grande! qué redonda! qué roja! Cualquiera diria que viene llena de sangre. Hoy es redonda porque es luna llena. Mañana no lo será tanto, y pasado mañana lo será ménos; y así perdiendo cada día más, llegarás á verla de la figura de tu arco, aunque entónces no la verás, pues brillará mientras tú duermes. Cuando esta luna desaparezca del todo, volverá á aparecer como *luna* nueva y la descubrirás con el sol,

pasado el mediodía. Entónces será aún muy pequeña; pero cada día crecerá más, cada vez será más redonda, hasta que llegues á verla como ahora está detras de esos árboles lejanos.

—Pero dí, papá, ¿cómo se sostienen en el aire el sol y la luna? ¿No temes tú que algun día se caigan sobre nosotros?

—No, hijo mio, tranquilízate, pues no hay ningun peligro. Esto que hoy no comprendes, algun día te lo explicaré, pues hoy no me entenderias. Entre tanto, conténtate con escuchar lo que el sol y la luna te dicen por mi boca.

Empieza el sol:

—«Yo soy el rey del día, me levanto por el Oriente y me precede la aurora anunciando á la tierra mi llegada. Con uno de mis rayos penetro por tu ventana y te advierto mi presencia, diciéndote:

—«Perezoso, levántate, que no brillo yo para que tú permanezcas en tu sueño. Despierta, que ya está aquí mi luz, que necesitas para el trabajo. Soy el gran viajero, y marchó como un gigante atravesando la inmensa extension de los cielos. Nunca me detengo y jamás me siento fatigado. Tengo sobre mi

cabeza una esplendente corona de brillantes rayos que reparto sobre todo el universo, y todo lo que ellos tocan se envuelve en nueva belleza y fuerte vida. Yo doy la luz y el calor y hago á la tierra producir sus frutos. Si yo cesase de reinar en la naturaleza, nada produciria su seno, y las criaturas perecerian de hambre y desesperacion en el horror de las tinieblas. En los cielos estoy á gran altura, muchísimo más elevado que las montañas y las nubes. Sin más que atraer un poco más la tierra á mi fuego, la devoraria haciéndola desaparecer en un instante, como las ascuas consumirían la ligera paja que se arrojase sobre un brasero. Desde hace muchos siglos yo soy la alegría del universo. El niño Antoñito hace seis años que todavía no habia venido al mundo y yo llevaba en él ya millares de años. Yo alumbré el nacimiento de sus padres, de sus abuelitos y de los primeros individuos de su familia; y á pesar de todo esto, mírame, si es que puedes, aún no soy viejo, aún estoy como el primer día. Algunas veces oculto mi corona esplendente y envuelvo mi cabeza en argentadas nubes: entónces se me puede mirar; pero cuando disipo éstas con mi calor para brillar con todo mi esplendor en el mediodía, nadie osa mirarme temiendo quedar ciego.

Unicamente á la reina de las

aves es á quien permito que me contemple de frente y me admire en todo el esplendor de mi gloria. El águila, elevándose majestuosamente de la cima de las más altas montañas, vuela hácia mí con alas vigorosas y llega á confundirse entre mis rayos trayéndome su homenaje. La alondra, en medio de los aires, salúdame también con dulces canciones, y á sus alegres ecos despiertan los demás pajarillos que duermen en las ramas al abrigo de las hojas. El gallo, presuntuoso y altanero, con voz cascada proclama á su vez mi vuelta, y sólo el buho y el mochuelo con gritos extraños huyen á mi aparición, buscando para ocultarse las ruinas de cualquiera torre que yo ví elevarse orgullosa pareciendo que desafiaba al tiempo. Pero éste sólo á mí me respeta. Mi reinado no es tan transitorio como el de los reyes de la tierra. El mundo entero es mi imperio, y yo soy la creación más bella y gloriosa del universo.»

La luna dice con voz tierna: Yo soy la reina de la noche y te envío mis rayos para darte luz cuando el sol no ilumina la tierra. Puedes mirarme sin peligro; pues yo nunca puedo llegar á cegarte ni quemar jamás. Las estrellas brillan á mi alrededor; pero yo soy más luminosa que las estrellas. Aparezco entre ellas como una gran perla rodeada de preciosos diamantes. Cuando

duermes me deslizo sobre un rayo de plata, y al tocar las cortinas de tu lecho, te digo:

«Duerme, amiguito mio. Estás fatigado por los trabajos del día; descansa, que yo velo tu sueño. El ruiseñor me hace oír las mejores canciones de los pájaros y á mí las dedica, y oculto en la fresca enra-

mada la anima con sus trinos tan dulces como mi luz, mientras el rocío cayendo blandamente sobre las flores, se oculta entre sus pétalos y reclinado en ella goza la calma y el silencio que reinan en mi imperio.»

H. SAAVEDRA.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un asno muy cachazudo,
Muy sentado y muy sesudo,
De un sabueso se burlaba
Y con un modo harto rudo
Al perro siempre trataba.
El sabueso, que veía
Lo serio del burro aquel,
Un talento le creía,
Y siempre delante de él
Callaba, pues le temía.
Así el tiempo transcurrió,
Y juntos el asno y perro,
Más de una vez se notó
Que el perro se equivocó
Y en el asno no hubo yerro.
Es claro, mientras el can
Con unos y otros hablaba,
La boca el asno cerraba,
Y más grave que un sultan
Con oír se contentaba.
Fué tanta su gravedad,

Que al verle tan estirado
Y con tanta seriedad,
Llegó á ser muy afamado
En toda la vecindad.
Pero el can, saber lo que era
Aquel asno sabio quiso,
Y halló bien pronto manera
Para que el asno tuviera
De hablar algo el compromiso.
Y aquel notable jumento,
Al cumplimentar su intento,
Sólo dió un rebuzno atroz
En prueba de su talento,
Y tras de *aquello*, una coz.
El perro, cuando lo oyó
Dijo: ¡qué asno tan profundo
Fué este asno mientras no habló!
Como este, conozco yo
Muchos sabios en el mundo.

VENTURA MAYORGA.

EL REMOLINO DE NIEVE.

I

Era una noche muy fria, soplaba un huracan impetuoso que gemía en los huecos de los precipicios y hacia rodar por el suelo los árboles desgarrados, y marchitas y mustias las hojas y las ramas.

Caía la nieve muy espesa.

Estaba blanco el valle, blanca la montaña, blancos los tejados de las casas, y las cúpulas de las torres, y las ramas secas de los árboles; pero la noche era muy oscura, porque las nubes eran tan densas que ni aún para que cruzara el débil rayo de luz de alguna estrella se desunían.

El niño andaba solo por el campo, se había perdido, porque la nieve cubría la senda por donde iba, y andaba desnudito y helado, tiritaba de frio, se moría de hambre, lloraba y decía:

—¡Dios mio, Dios mio! ¿qué va á ser de mí, solo con tanta nieve? Quítala del camino para que llegue á mi casa; mi madre me espera y morirá de tristeza si no voy.

Pero la nieve no se quitaba, pues donde el niño había puesto sus piés ó había vertido sus lágrimas, habían caído ya otros copos que iban borrando sus huellas.

Y andando, andando, helado y desnudito, llegó á una cabaña, se alegró mucho y comenzó á llamar á la puerta con ánsia y con las pocas fuerzas que le quedaban.

II

—¡Malditos pobres!—exclamaba el dueño de la cabaña, atizando el fuego de su chimenea;—ni una noche han de dejarme descansar.

El pobre niño continuaba llamando.

Y el dueño, que tenía un corazón muy duro, seguía diciendo:

—Yo haré un escarmiento con uno para que no se acerquen más.

Y diciendo esto cogió un tronco, que ardía por el otro extremo. Abrió la puerta, amenazó al niño, y el pobrecito comenzó á correr sobre la nieve llorando sin consuelo.

III

El huracan seguía más fuerte y la nieve caía más espesa.

El niño corría y tras él el irritado dueño, que alguna vez le alcanzaba, quemándole con el tronco.

Entonces se encontraron dos corrientes de viento opuestas, y la nieve y las piedras y los árboles car-

comidos comenzaron á girar en torno de ellos, formando un remolino que subia y daba vueltas con una velocidad vertiginosa.

El niño y el dueño habian sido arrebatados por el remolino y con él se elevaban, empujados por la fuerza de sus espirales.

Pero el dueño de la cabaña, cuando el remolino habia subido muy alto y la nieve y las piedras volvian á caer, cayó entre las piedras y la nieve, y fué á parar á un precipicio inmenso, donde encontró su eterna sepultura.

En tanto, el niño seguia subien-

do, cruzó las nubes y llegó á la gloria, cuyos caminos estaban cubiertos de hermosas flores en vez de helados copos de nieve; donde no se moria de hambre ni tiritaba de frio; donde no andaba desnudito, porque se vió cubierto de un vestido blanco y con dos alas de finísimas plumas.

El niño entónces agitó sus alas y llegó adonde estaba su madre. Dormia soñando en su hijo, y su hijo la dió un beso en la frente y se volvió á la gloria á esperarla.

MANUEL JORRETO PANIAGUA.

CANTARES INFANTILES.

A la Virgen de los cielos
Siempre la voy á pedir,
Que me guarde á mi mamá
Para que cuide de mí.

No me pegues, madre mía,
¡Por Dios! no me pegues más,
Que he prometido ser buena
A la Virgen del Pilar.

Dios me libre cuando grande
De la suerte de soldado,
Porque mi madre me quiere
Y se va á quedar llorando.

Voy á rezarle á la Virgen
Una salve y otra salve,
Para que me dé su amparo
Y de peligros me guarde.

Tengo un sable de madera
Y un caballo de carton,
Y un librito que me dice:
Sé muy bueno y cree en Dios.

Cuando los niños son buenos
Un ángel los acompaña;
Pero si se vuelven malos,
Llorando al cielo se marchan.

Si me pongo alguna vez
Con mi muñeca á reñir,
Le digo las mismas cosas
Que mamá me dice á mí.

No te aflijas, madre mía,
No te aflijas ¡por piedad!
Porque me da mucha pena
Cuando te veo llorar.

MANUEL GENARO RENTERO.



Inconvenientes de dejar sin llave
 La mamá, que ha salido, su ropero:
 Lleno se lo dejó; ¡sólo Dios sabe
 Si algun traje podrá quedar entero!

LA NIÑEZ.

PRECIOS DE SUSCRICION: 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año en Madrid; 16, 28 y 50 respectivamente en provincias.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Madrid: Administracion, plaza de Matute, 2.—En Barcelona: librería de Bastinos, Boquería, 47.

MADRID: 1879.—Imp. de Moreno y Rojas, Caños, 4.